

DANIEL CAPÓ - CARLOS GRANADOS

Florecer



DANIEL CAPÓ
CARLOS GRANADOS

FLORECER



Ilustraciones de portada: *Triunfo de Santo Tomás de Aquino sobre los herejes* (detalle, 1481-1491), fresco de Filippino Lippi (Santa Maria sopra Minerva, Roma) — *Tulipán* (1620s), de Balthasar van der Ast (Institut Néerlandais, París).

Primera edición: enero 2023

© Autor: Daniel Capó – Carlos Granados

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-158-2023

ISBN: 978-84-19431-05-9

Maquetación: M.^a Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
PRESENTACIÓN	7

PARTE PRIMERA

DONDE SE HACE LA LUZ

EL VELO DE LOS CLÁSICOS	19
CAMINA EN MI PRESENCIA	27
LAS DOS VIRTUDES	31
<i>HOMO LUDENS</i>	37
MINORITAS	41
EL REENCUENTRO	49
PROUST EN GRIAZOWIETZ	55
LOS ROSTROS DE LA LUZ	63
EPÍLOGO	69

PARTE SEGUNDA

EL “FLORECIMIENTO” DE LA PERSONA COMO CLAVE DE LA EDUCACIÓN

1.	FLORECER: UNA NARRATIVA	85
	a) Florecer en el fin	88
	b) Florecer en las diversas etapas de la vida	90
2.	PROTAGONISMO	95
	a) El “retorno al niño” en John Dewey	96

	<i>Págs.</i>
b) Volver a la familia: la gratitud en los orígenes del protagonismo	101
3. UNA VIDA GRANDE	107
a) Las limitaciones de un enfoque solo psicológico	111
b) La magnanimidad	117
c) Una vida “suficientemente buena”, ¿puede ser grande?	121
4. VIRTUD	125
a) Virtudes y no valores	127
b) Novedad del concepto de virtud y de florecimiento cristiano	130
c) Virtudes intelectuales y virtudes morales. . .	136
d) La “integración” obtenida por la virtud: Educar los afectos.	141
5. BIEN COMÚN	149
a) Liberalidad o justa generosidad	153
b) Entre la competición y la cooperación . . .	156
6. DIOS: ORIGEN Y TÉRMINO	161

Presentación

El lector tiene entre sus manos una obra que habla sobre el “florecer”, tema abordado últimamente en campos muy diversos del saber y con géneros literarios que van del ensayo científico a la novela, pasando por el libro de “autoayuda”. Los autores somos conscientes de haber afrontado la cuestión con dos registros distintos. Se verá enseguida que el libro lo componen un ensayo literario/narrativo y otro de carácter más filosófico/conceptual. Esto podría parecer discordante. Pero, en realidad, el fenómeno que se pretende describir (el “florecimiento”) obliga, en cierta manera, a asumir este acercamiento dispar. Porque lo que está en juego es la “vida”, hemos menester un acercamiento

narrativo que la relate y despliegue en su acontecer. Porque lo que está en juego es, también, el “conocer”, se precisa una explicación conceptual, que atine con las categorías adecuadas para hacer comprensible la cuestión en su esencia íntima.

En todo caso, verá el lector que hay una profunda unidad y concordia. El texto de Daniel Capó gira en torno a la paternidad y la filiación, a saber, se mueve en el marco de la familia. La contribución de Carlos Granados maniobra en el campo de la pedagogía y, en este sentido, resulta claramente complementaria a la anterior. La “casa” y la “escuela” se desvelan así como ámbitos naturales del humano florecer.

Además, los capítulos de Carlos Granados espigan asuntos ya apuntados en el escrito de Daniel Capó, tratando de dar a la belleza y originalidad de la narración, la sistematicidad del concepto. El lector avezado percibirá sin duda que los dos ensayos dialogan, como lo hemos hecho los autores, a través de muchos intercambios y conversaciones sobre estos y otros temas.

El texto de Daniel Capó es, como decíamos, nítidamente literario, de carácter “memorialístico”,

es decir, que convierte la memoria en literatura y, por tanto, en pensamiento. El segundo nace, en cierta medida, al amparo de la originalidad de la vida, tratando de expresarla en un registro conceptual. Ambas obras son, sin embargo, profundamente concordes, según el axioma de la antropología cristiana: “unidad en la diferencia”. Quizás entre los dos hayamos logrado expresar algo de lo que significa para una persona florecer, es decir, alcanzar la excelencia a la que está llamada.

PARTE I

Donde se hace la luz

DANIEL CAPÓ

A mis padres.

A Cristina.

A nuestros hijos.

Al llegar la mañana, fui con mi hija al mar. La luz era nítida, espléndida, y el tiempo primaveral anunciaba un día caluroso. Primero bajamos hasta una cala retirada y virgen. Nuestras huellas en la arena definían un territorio de cicatrices llamado a desaparecer con el viento y las olas. Nada permanecerá de nuestro tiempo allí; sólo estas líneas y el recuerdo, hasta que la memoria se difumine y pase a ser humo, es decir, nada. Caminábamos en silencio, subiendo por unos acantilados cercanos, hasta alcanzar otra plaza igual de recoleta. Una pareja deambulaba con su perro, dos gatos ronroneaban en la terraza de un bar, las gaviotas volaban en círculos; sólo el mar azul —y el cielo— nos contemplaban en medio de la calma. Nos sentamos en las rocas y abrí la mochila donde guardaba el almuerzo. Recordé por un momento la cantidad de veces que hemos hecho esta excursión. Paseamos con nuestros hijos, jugamos a perdernos en un laberinto de setos, recorremos un sendero del bosque entre pinos y orquídeas, y luego descendemos

a la orilla y comemos mirando ese mar de los aqueos, que es el nuestro: su luz, quiero decir, su horizonte. Yo aprovechaba para leerles —primero a mi hija; más adelante, cuando creció, también a mi hijo— algún título de la biblioteca familiar. Sus favoritos eran las andanzas del gato Findus y del viejo señor Pettson, y los cuentos de los Hermanos Grimm, en la antigua edición de Juventud. A veces recitábamos *Macavity, el gato misterioso*, de T. S. Eliot, y entonces nos reíamos al teatralizar los versos finales, donde se lee que aquel oscuro felino, perseguido por *Scotland Yard*, merece el apodo de “Napoleón del crimen”. ¿Se acordarán cuando sean mayores? Porque, en realidad, ¿qué nos cuenta la memoria sobre nosotros? ¿A quién pertenece? En nuestras vidas, el amor perdura como una fina capa de pintura que cubre el olvido, a pesar de que la atmósfera del ayer domine sobre cada uno de los trazos concretos que nos dibujan.

La playa permanecía solitaria y esa vez no había traído ningún libro. Tampoco mi hija me lo pidió. En casa, al llegar la noche, les seguiríamos leyendo en voz alta cuando se acostaran. Alguno de aquellos títulos, como *Asedio y caída de Troya*, de Robert Graves, marcaron mi infancia. Fue con la muerte de Héctor, sujeto a la ira de Aquiles, que lloré por primera vez leyendo

un clásico. Fue con Héctor y su destino que aprendí a amar la sabiduría de los antiguos, cuando aún ignoraba qué era la sabiduría ni por qué conviene buscarla. Me gustaban los libros viejos, la riqueza de su lengua, su mensaje cristalino —tan humilde y limpio— que nos habla al corazón. Esos ejemplares de papel amarillento, manchados por la humedad, me remitían a otros lugares y a otras épocas. ¿Fui un melancólico antes de hora? Es posible, ya que Saturno es el señuelo que emplea el Paraíso una vez has sido expulsado de él.

Recuerdo que, en la isla, cuando era niño, las largas vacaciones estivales consistían en atravesar el mar de los Sargazos. Me fascinaba aquel lago oculto en medio del océano, que guardaba un eco de África, como las obras de André Gide, donde se rememora el verano en Argel definido por el bochorno de agosto y la cansina gravedad de las moscas. Los Sargazos, para mí, simbolizaban el bostezo de los piratas y el tedio nihilista —¿aunque sabía yo entonces lo que era el nihilismo?— previo a una nueva aventura. Dicen que fue Cristóbal Colón el que descubrió este piélago gelatinoso, como quien se encuentra de repente con el infierno, ese lugar sin futuro ni movimiento. Yo, en cambio, asociaba los Sargazos con Julio Verne y sus *Veinte mil leguas de viaje submarino*, que había visto en

alguna versión televisiva —quizá checa, quizá rusa—, retransmitida en las matinales del sábado (unos cursos después —ya en bachillerato o en lo que entonces llamábamos COU— me harían pensar en Lévi-Strauss y en sus *Tristes trópicos*, donde les dedica un hermoso capítulo, el octavo). Hablo de julio y agosto que, durante la adolescencia, representan una libertad mal ganada con la rebeldía; pero no es así en la infancia, ni tampoco lo será —al menos no del todo— en la vida adulta. De niño, el verano es —lo fue para mí— el tiempo de las vacaciones, las medusas, los alemanes y el olor a Nivea, que me atrajo durante tantos años. Por eso mismo encarna también un tiempo de nostalgia y, en consecuencia, de dulzura. En verano me gustaba dormir con mis abuelos en la era, donde se trillaban las mieses, y contar las estrellas, al igual que un ilustrador mallorquín, Pere Joan, se refugiaba en la buhardilla de su casa para garabatear en un cuaderno la cartografía secreta de las nubes. Esas nubes, con su solemne quietud, sedimentan la paz del firmamento. En las estrellas, en cambio, se percibe una lejana angustia, la arqueología dolorosa de la creación y su finitud. Cuando su luz llega hasta nosotros, esos mundos ignotos ya no existen: pertenecen a la memoria de Dios y a la mirada de los hombres, que contemplan una ilusión.

El velo de los clásicos

No, aquella mañana no había traído nada para leer y ella tampoco me lo pidió. Pensé en lo que hemos ido leyendo juntos a lo largo de estos años; cuentos y novelas que han sido incluso una sorpresa para nosotros: *El rey Matías*, del héroe polaco Janusz Korczak; *El desconocido del bosque*, del inglés David Severn; la serie de los *mumintrolls* de Tove Jansson; casi toda la obra de Astrid Lindgren, cuya casa visitamos una vez en Estocolmo bajo la lluvia serena del Báltico. Pensé en la emoción pura que supone descubrir por primera vez *Rasmus y el vagabundo*, con el que lloré de nuevo (“los malos no lloran”, les digo a mis hijos; no siempre es cierto), aunque fuera en la penumbra de

una habitación con la luz apagada. Pensé en la lectura adaptada que hicimos de Virgilio y cómo admiramos que el personaje de Héctor reapareciera en la literatura latina y que fuese Troya —y no Grecia— la que fundó Roma. Me acordé de aquella noche en que les puse una grabación de la novelista Edna O'Brien leyendo un fragmento en inglés de la *Eneida* —“*At last! Are you here at last?*”—, traducido por el poeta Seamus Heaney: aquel en el que el hijo se encuentra con su padre muerto y el padre es un fantasma que ya no tiene carne ni tiempo, pero que habla a su hijo con “la voz del reencuentro”. Hay algo sobrecogedor en esta escena, cuando la muerte se dirige a la vida con el ansia de la luz y del amor, aunque también con la difusa angustia de lo ausente. Adam Nicolson, en su ensayo sobre Homero —*El eterno viaje*— ha reflexionado acerca de un episodio similar: el descenso de Ulises al Hades en la *Odisea*, cuando sus familiares y amigos difuntos “se le escapan de los brazos esfuermándose como sombras”. Y señala que, en el inframundo, Ulises tiene “una visión de lo bello, lo regio y lo deseable hundido en la nada, pero con un alma sussurrante y agitada”. Se trata de un lugar nítidamente precristiano, que desconoce la redención; un mundo hermoso y terrible, donde se refleja una *catábasis* sin esperanza última. “Mientras Ulises permanece allí

en pie —prosigue Nicolson—, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas, ve cómo se le acerca el fantasma de Aquiles, el mayor de los guerreros, el más rápido y fiero entre ellos, venerado casi como un dios por los griegos en Troya, y ahora el más grande entre los muertos. Su expresión es triste y Ulises intenta consolarlo. Aquiles le responde con frialdad y también con pasión: «No le des tu consuelo a mi muerte, magnánimo Ulises». La palabra que Aquiles utiliza para «magnánimo», *pháidimos*, se usa en todo Homero para calificar a los héroes. Pero aquí, en el infierno, posee una resonancia particular. Sus raíces se hallan en el término griego de «brillo» o «resplandor». Mientras habla Aquiles difunto, es el mundo de la oscuridad el que se dirige al mundo de la luz y los destellos, el mundo resplandeciente del cual procede Ulises y del cual Aquiles ha quedado excluido para siempre”. No obstante, el propio Aquiles prefirió una muerte gloriosa a una vida dilatada pero sin brillo, y esto debería hacernos reflexionar sobre el propósito de nuestro caminar. Los especialistas en griego homérico han subrayado la estrecha conexión del epíteto *pháidimos* con la posibilidad del fracaso, queriendo darnos a entender que la condición implícita a la luminosidad del héroe es el riesgo que afronta, su fortaleza frente a unas circunstancias adversas. Re-

cuerdo, en este sentido, una anécdota que me contó mi hijo pequeño poco antes de que la pandemia nos forzara al confinamiento. Cursaba entonces tercero de primaria y acababa de leer una adaptación al cómic del *Beowulf*, el conocido poema épico medieval inglés. En el patio, antes de entrar a clase, un compañero, le dijo: “Ojalá llegue pronto el Covid y nos muramos todos”. Sus padres se acababan de divorciar y en esa imprecación se traslucía la pérdida de la primera certeza del amor, que es la fidelidad. Mi hijo, que no estaba al corriente de ello, permaneció un segundo en silencio y le respondió: “Acabo de leer el *Beowulf* y allí dice que, antes de morir, hay que perseguir la gloria”. Me enorgullecí de su respuesta. Sin darse cuenta, había resumido un credo que es válido para todos. Perseguir la gloria consiste en aspirar a la vida grande, cuando esta se hace presente en tu camino. Perseguir la gloria es llamar a la vida y aceptarla con sus riesgos, sin ceder a los dictados de la desesperanza. Perseguir la gloria presupone la gramática del amor, precisamente porque sabemos que esta gloria no es para uno mismo sino para los demás.

Mi hijo hablaba con palabras de niño y se movía en las categorías mentales de un niño, pero dentro del horizonte que aportan los grandes relatos de la

literatura. Me gustaría que mis dos hijos siguieran pensando —y actuando— dentro de ese marco cuando sean adultos y que —como Eneas, el piadoso, que cargó en sus hombros a su padre Anquises al huir de la destrucción de Troya— no dieran la espalda al pasado, a la vez que supieran avanzar con confianza hacia el futuro. En cambio, nuestra mirada se encuentra tamizada por el tiempo y resulta fácil caer en la tentación de percibirlo como un destructor implacable. Es la imagen del *Angelus Novus* de Paul Klee, que emplea el filósofo Walter Benjamin para describir el horror de la Historia: el ángel bate las alas movilizand la fuerza de los siglos, el vendaval de la caída, la descomposición de la materia que cede a la ruina y a la muerte. Su rostro perplejo nace de la conciencia de la caída, como si fuera un demiurgo torpe, incapaz de articular una nueva gramática de la creación. Lo cierto es que cuando llega la adolescencia o la vejez, nuestras vidas se empiezan a romper. Mudamos de piel, de mirada, de ideas y dejamos atrás muchas certezas, algunas seguridades y unos pocos afectos.

Pensé en todo ello, aunque no dije nada. La vida consiste en un juego de velos, en el cual tan importante es lo que muestras como lo que decides reservarte. Así que, mientras contemplábamos el Mediterráneo,

le comenté a mi hija que aquel paisaje escarpado no podía ser muy diferente al que vieron los marinos fenicios, griegos y romanos cuando arribaron a la isla. Nada, en realidad, es muy distinto; tampoco nosotros. Le expliqué que nuestros antepasados indoeuropeos, hijos de la estepa, no disponían de una palabra para referirse al mar y que, por tanto, desconocemos la etimología de *thálassa*, el vocablo con que los griegos lo nombraron. Y le señalé que son más las cosas que ignoramos que las que sabemos, pero que esto supone también la belleza y el misterio de la creación. Luego nos levantamos y seguimos andando hacia el sur. Atravesamos un túnel de ramas y enredaderas que oscureció la luz del sol. Y, de repente, sentimos frío, como si hubiera pasado una sombra. Y tuve miedo: un miedo muy hondo; un miedo extraño, difícil de explicar, casi susurrado. Acudieron los espectros que propician el olvido. Miré hacia atrás, como hizo la mujer de Lot, y recorrí con mi mirada unos años que no quedan tan lejos, pero que ya se han ido por el sumidero del pasado. ¿Recordarán nuestros hijos a Churruca luchando en Trafalgar, a Eneas abandonando Troya, a Héctor y a Odiseo, a Juan de Austria capitaneando La Real en Lepanto? ¿Recordarán los poemas que les hemos leído, los viajes a Italia, a Estados Unidos o a Suecia, los paseos

por el campo, la música, el agua gélida del Atlántico cuando nadamos entre delfines? ¿Qué dirán de nosotros cuando ya no estemos? El rastro del tiempo son las huellas; el de la vida, la memoria. Pero no sólo la memoria. Hay memoria sin amor —aunque sea una memoria fría, muerta— y, sin embargo, no hay vida sin amor. La paternidad, en efecto, nutre esta vida y nos enseña a amar desde una cruz determinada. Y la cruz —lo sé ahora— constituye un signo de fidelidad y de esperanza, como la memoria debe aspirar a convertirse en un signo de luz. Eso pensé, pero no dije nada. Callé para silenciar la inquietud. Y seguimos andando antes de llamar a la puerta.

El lector tiene entre sus manos un libro que habla sobre el «florecer», tema actual y abordado últimamente por la filosofía, la psicología, la sociología y otros campos muy diversos del saber... Esta obra intenta un doble acercamiento a la cuestión: una de tipo literario/narrativo (llevada a cabo por Daniel Capó) y otro de carácter más filosófico/conceptual (realizada por Carlos Granados). El fenómeno que se pretende describir (el «florecimiento») obliga, en cierta manera, a asumir este tratamiento dispar. Porque lo que está en juego es la «vida», hemos menester un acercamiento narrativo que la relate y despliegue en su acontecer. Porque lo que está en juego es, también, el «conocer», se precisa una explicación conceptual, que atine con las categorías adecuadas para hacer comprensible la cuestión en su esencia íntima. El lector verá, en todo caso, que hay una profunda unidad y concordia en el libro. El texto de Daniel Capó gira en torno a la paternidad y la filiación, a saber, se mueve en el marco de la familia. La contribución de Carlos Granados maniobra en el campo de la educación y, en este sentido, resulta claramente complementaria a la anterior. La «casa» y la «escuela» se desvelan así como ámbitos naturales del humano florecer.

GRANDES PALABRAS

de la educación 1

